

Lectura y símbolo

Hebe Solves*

Pensando en el destino incierto de la lectura en el mundo de la electrónica, la informática y la conquista del cosmos, algunos poetas imaginaron un futuro aislado para sí mismos y sus amigos, un reducto de lectores sobrevivientes; y se vieron parte de una secta de raros, capaz de sobrepasar el año dos mil. El destino de la escritura sería circular (todos los destinos famosos parecen ser circulares, como los mitos): volvería al monasterio, a la montaña, al silencio. La escritura, que posibilitó la historia, que fue tabú iniciático, que dio lugar a tantos incendios, favoreció la mala memoria y produjo escribas, periodistas y disléxicos, se volvería aristocrática y pobre en una sociedad cercana, tan parecida a la que vivimos que este mismo texto que escribo sin saber si será leído parece un adelanto de aquella utopía. O pesadilla.

Otros, en cambio, preferimos imaginar el final de esta era como fin de la mentira y de la incomunicación. La explosión de los medios de comunicación y el consiguiente enrarecimiento del aire a cargo de la informática, obligarían a leer la realidad con la mínima distorsión posible y el mínimo empleo de vibraciones ondulatorias. Estamos saturados de información, entonces, ¿cómo cargar con falsedades encubridoras una supermáquina cerebral que piense todo lo que puede ser pensado en el mundo?; no sería económico. La cibernética es una invención que no está a la altura de la mezquindad humana: una sociedad de ricos sinceros sería su correlato político. Basta de voracidad, de envidia, de seducción. El pleno ángel de la poesía asomaría la nariz para soplar su aliento sobre nuestros nietos ya adultos, sobre nosotros mismos. Hace un siglo Oscar Wilde habló de ese reino de amor como si lo hubiera visto. Y además, transformó la significación de la mentira, poniéndola por primera vez en el lugar que le permitiría su circulación sin daño: el arte. (Quien haya conocido a un mitómano sabrá qué conmovedor poder de vitalidad tiene la mentira y qué destructiva puede ser fuera de escena; del drama al acto se pasa por la muerte.) El escenario de la mentira sería el arte y la imaginación, su instrumento. La escritura, entonces, podría liberarse de su privilegiado pero mezquino papel testimonial, y saldría purificada, dejando de servir como "prueba" al servicio de los intereses particulares que distorsionan la realidad, fijándola eternamente según la pasión y el capricho de los poderosos. Escritura, en cambio, sería creación de mundos, que se propagarán para hacerse realidad: en el principio fue el verbo y también lo sería al final.

Para obtener y conservar los testimonios de la realidad, ya tenemos códigos y canales más adecuados: video, cine, grabaciones, fotografía, radio, computadoras, televisión, y la multiplicidad de técnicas de comunicación y registro que esos medios y teoría han producido, como los llamados encuentros "presenciales" que se difunden por todos lados; la cultura de las imágenes; la estadística: cantidad de datos inimaginables imposibles de ser obtenidos por un solo cerebro humano durante toda una vida se acumulan,

* La autora, Hebe Solves, es una destacada escritora y educadora argentina.

ahora, como quien junta verdades no en puños sino a toneladas, para repartir, traducidas a todos los idiomas que posean escritura o no, es lo mismo. Sin embargo, algo queda por el camino.

¿Qué le pasa a la escritura que no puede morir?

Si el lenguaje permite al hombre representarse el mundo, si le permite postergar la acción y dramatizarla simbólicamente por medio de una combinatoria de signos discontinuos y arbitrarios, la escritura extiende esa posibilidad más allá del aquí y el ahora y trasciende por primera vez el espacio y el tiempo reales, que sólo llegaron a ser espacio y tiempo reales gracias a haber sido espacio y tiempo simbólicos, en primera instancia.

Las nociones y modelos del espacio y el tiempo fueron creados por el lenguaje mismo que simbolizó los actos, gracias a la escritura, se multiplicaron, y posibilitaron la historia; tras ella cobraron cuerpo las otras ciencias del hombre, que marcaron una diferencia de volumen con todo el saber anterior, transmitido oralmente de boca a boca, de experiencia a experiencia, de maestro a discípulo. Tanto que, muchas veces, se llamó magia al conocimiento tan trabajosamente adquirido, sólo porque no podía ser probado por escrito y porque no ostentaba una "literatura" documental. Magia, por supuesto, en el sentido peyorativo que le ha dado la desconfianza. Porque con la escritura y el documento, el **testimonio** reemplazó al **testigo** y el saber fue también propagación del engaño, donde sólo sabe uno de los dos que hablan, mientras el otro está condenado a la ignorancia y al sometimiento. Es más fácil creer a un testigo que fiar en un testimonio; sin embargo, la escritura cobró tanto poder, debido a su aparente eternidad, que más valor tienen en nuestra civilización los papeles que los hombres, si se trata de legislación y de procesos, como lo vio Kafka.

Pero ahora la escritura como documento parece haberse vuelto sustituible, casi innecesaria. La información, que el documento escrito acumula como un tesoro, cabe en la cabeza de un alfiler y una máquina la lee para nosotros y nos la dice con voz suave y sugerente, si podemos pagar. Basta de enciclopedias, de diccionarios, de libros, parece decir el fin tremendista del milenio.

Y enseguida aparecieron los defensores de la secta de raros lectores, los constructores de bóvedas para sobrevivientes de "el día después" y los poetas herméticos. Yo escribo: ¿qué otra cosa puede hacerse cuando se vaticina la muerte de la escritura?

No sé si para dar vida a lo que odio o para rematar definitivamente a lo que amo, pero escribo aquí, pensando en la escritura que no es un lenguaje sino un instrumento, un código de almacenamiento de lenguaje. Entonces, aun cuando la escritura muriera ¿moriría el lenguaje con ella? ¿moriría lo que el hombre es?

Lenguaje o código

La escritura ha permitido que la humanidad se pensara a sí misma pensando en lo otro, vale decir, el símbolo, que refleja también lo que el hombre no sabe. Porque el lenguaje es reflexivo, es simbólico, en primer término, y la escritura ha permitido una postergación de la acción y, nos ha protegido de la inmediatez y del azar, produciendo un desarrollo inusitado del mundo espiritual. Pero, por mucho que haya logrado la escritura, de todos modos no es lenguaje; **es código**: un sistema de signos isomórficos al plano de la imagen acústica que despliega el habla, y que podría compararse al ordenamiento de las partículas de una cinta magnetofónica, en el grabador. La cinta, con el isomorfismo de invisibles unidades, procesa el lenguaje hablado y es capaz de traspolarse nuevamente en ondas sonoras, sin dar acuse de recibo del lenguaje, es decir, de la **representatividad** del símbolo que sólo habla al hombre y permanece indiferente al grabador. Ciertamente que es tentador imaginar la reducción a código del lenguaje sobre todo cuando se intenta la formalización última de todos los enunciados posibles, para almacenar ítemes totalizadores en una cibernética y futura máquina de hablar. Borges, con sus poemas catálogos, enumerando ítemes de caprichosa coherencia lógica, nos revela claramente el deseo que anima esa mítica de la información: la vuelta al Uno, del que fuimos arrancados, quizá al nacer. Su poema "La luna" es una curiosa condensación de tiempos humanos aglutinados por la misma pasión de la singularidad: La Luna "numerosa y una", nos dice. Pero lo singular no puede generalizarse y meterse en máquina. En el otro extremo de la generalidad conceptual y totalizadora de la informática que codifica el lenguaje, para condensarlo reduciéndolo a lo mismo (un código de códigos), está la poesía, la asingularidad, la charla inesperada que nadie registra, a deshora, fuera de lugar.

Escritura y habla

Sin embargo, así como el código pretende devorar el lenguaje, también la escritura pretende devorar al habla y ponerse en su sitio. Este doble canibalismo se manifiesta, por ejemplo, en el problema actual de la transmisión de la lectura de una generación a otra, junto con la pérdida de significación que año tras año va logrando la escritura, que se deja leer a duras penas y que nadie entiende, aunque muchos la decodifiquen. Si la escritura es un código, y el lenguaje que codifica es otro código, el niño que aprende a leer debería portarse como una cinta magnetofónica que registre el mensaje, reproduciéndolo, y que se borre a sí misma cuando debe ocuparse de un mensaje nuevo. Efectivamente, en la enseñanza de la lectura lo que se privilegia es la capacidad de decodificar, de inferir información, se manipula el lenguaje en su solo **aspecto comunicativo**, se valoriza la cuantificación de conceptos y la verificación de un referente, del cual el texto da testimonio. De este modo, se deja de lado el hecho de que la escritura trasmite lenguaje, y que el lenguaje es formativo, además de informativo; que además de comunicar tiene una **función simbólica y representativa**, que cambia al sujeto y lo va constituyendo por medio de sucesivas experiencias y acciones verbales, escritas y orales; y que, en este caso, la verosimilitud o el valor testimonial ante un referente hipotético es lo menos. ¿Qué importa en la literatura el referente, ni el documento, ni los conceptos, ni siquiera la

comunicación? Lo que importa es el mundo creado, simbólico, el mundo que el lector llega a compartir cuando se identifica y dirige hacia ese lugar imaginario, el deseo, origen de todo pensamiento, tal vez, y de toda voluntad.

Leer o decodificar

Hay muchos especialistas en lectoescritura que consideran irrelevante la función simbólica del lenguaje escrito, a la hora de enseñar el mecanismo de decodificación. Uno cualquiera de ellos, por ejemplo el experto Bannatyne, en su libro **La lectura, un proceso auditivovocal**, dice lo siguiente: "La lectura no tiene nada que ver con el significado. Leer, deletrear y escribir son procesos de codificación y decodificación en los cuales un símbolo sensorial se cambia por otro.

Si bien es cierto que los significados están asociados con el lenguaje, es obvio que esto no constituye en sí lenguaje. Las ideas, preceptos, conceptos y relaciones existen en la mente en forma independiente del lenguaje. Este último es un sistema de codificación de pensamientos y procesos de pensar para poder comunicarse unos con otros". El simplismo de estas definiciones no le impiden al libro de Bannatyne ocupar un lugar de privilegio en lo que fue la bibliografía oficial vigente durante años, aunque nadie lo haya oído nombrar. Voy a recurrir a la singularidad de la anécdota que trata de hacerse pasar por general, pero no puedo resistir a la tentación de contar que este libro me fue entregado como "fuente", para investigar el tema de la lectoescritura, cuando pedí documentación en uno de nuestros centros de documentación e información educativa, en el año 1983, en la época en que estaba redactando la guía de mi último libro de lectura. ¿Quién elige la documentación de los centros de documentación, a todo esto? No estaba en las listas de ese centro educativo, en cambio, un libro que me permitiré, no obstante, citar, de Bruno Bettelheim **Aprender a leer**, y que dice, por ejemplo:

"...la palabra no es importante porque sea un objeto; se hace importante sólo porque significa o imparte significado. La concentración del maestro en el desarrollo de las habilidades básicas del lenguaje se opone a la comprensión por parte del niño de la función de los símbolos, ya que se presta demasiada atención a descifrar letras que en y por sí mismas no tienen ningún significado intrínseco". En otro párrafo del mismo libro, este psicoanalista comenta la encuesta realizada en su país sobre libros de lectura, y dice que: "Aunque en la década de 1920 eran pocos los que iban al jardín de infancia, y apenas se les enseñaba a leer en edad preescolar, hoy día, cuando muchos van a dicho jardín, donde se les enseña a leer de manera constante, nuestras cartillas contienen solamente el 28 por ciento del vocabulario que se presentaba a los niños hace cincuenta años." Y dice en otro sitio: "Con la disminución del vocabulario y el gran vacío del contenido del texto, a los maestros y a los niños cada vez les gustan menos la enseñanza y el aprendizaje de la lectura." Para terminar: "Hoy día parece que nuestro sistema de enseñar a leer considera al niño más tonto que hace unos cien años."

Aun otros psicoanalistas, que no coincidirían taxativamente con Bettelheim en sostener que la palabra no es un objeto, igualmente

defenderían la singularidad de la palabra y su capacidad simbólica; el significado -o el puro significante- en que cada palabra remite a otra, pero siempre simbólicamente, representativamente, constituyendo al sujeto y su mundo.

Frases recopiladas por la doctora Berta Braslavsky en las escuelas de la Municipalidad de Buenos Aires, ilustran la buena voluntad y paciencia de los maestros puestos a combinar un número reducido de letras "fáciles", pero demuestran también tanta decadencia como tesón: "El diminuto detenido tenía un diamante"; "Antonio paladea un lindo melón"; "A la dama le duele el dedo", son algunas de las fórmulas verbales. Esta es la versión local de la supremacía del código sobre el lenguaje; y de la información, sobre la representatividad simbólica.

La singularidad del símbolo y la informática

Pero, para que el lenguaje pueda ser reducido a código y las máquinas puedan meterse todo en el buche, es necesario reducir sus estructuras a comportamientos previsibles, capaces de generalización. Por lo tanto, la **singularidad poética** debe ser arrasada y aun la cuarta función que alcanzarían los estadios de aprendizaje de la lengua, la que atañe a la capacidad de crear **modelos lingüísticos** nuevos.

También lo que la pragmática estudia debe tacharse, es decir, el **contexto del texto**. El lenguaje escrito debe dejar de lado toda circunstancia puntual que singularice la estructura del discurso y lo saque de los ítemes previstos, escupiéndolo del reino de la información (los llamados **suprasegmentales**, por ejemplo, es decir los elementos sonoros, de entonación, ritmo, altura, acento, no interesan porque no se pueden codificar, por lo menos por ahora).

Cierto que sí es posible codificar la modalización del discurso que establece el pacto de los hablantes, la intención del autor, etc. pero este aspecto del habla, que va creando relaciones a medida que se produce, no podrá más que repetir relaciones ya estudiadas y alistadas, para no embarrar todo el aparato.

Pragmática y poética afuera, sólo basta echar del lenguaje mismo a Platón y quitarle la función simbólica. El grabador no sabe nada de símbolos y funciona igual. Y ¿por qué será necesario echar a Platón, a la caverna, al símbolo y a la idea del lenguaje hecho código?

Justamente porque el símbolo tiene una singularidad malsana, se resiste a entrar en enumeraciones generalizadoras. La singularidad del símbolo es su función representativa.

El **signo** nombra una **clase**, o una relación entre clases, y construye combinaciones de conceptos despojados de contexto concretos y singulares. El lenguaje científico tiende a ser más significativo que simbólico, porque el signo **generaliza**. El **símbolo**, por el contrario, connota **contextos únicos**, gracias a la evocación de experiencias y la posibilidad de encontrar semejanzas e

identidades. El símbolo llega a la **universalidad**, pero nunca a la generalidad. Es universal un símbolo, siempre y cuando llegue a ser aceptado por muchos humanos. Confundir signo con símbolo es como confundir semáforo con la Cruz. La Cruz es singular, cada vez, y universal siempre, porque lo es para muchos. El semáforo es general, porque intenta referirse a todos los contextos posibles donde haya que cruzar o no una calle o camino y no a un cruce único. Queriendo que el lenguaje sea código y entre en máquina, vemos también que se reduce el símbolo a signo codificable. (No olvidar: "El diminuto detenido...". Frases que no representan nada, ésas sí que son buenas para leer.) Como el símbolo no es científico, por carencia de generalidad, entonces es mejor entregar el símbolo al Arte, poniéndolo en el sagrado monumento de la literatura que pasa a ocupar, cómodamente, un altar momentáneamente vacante, hasta que la babélica cibernética acepte sus limitaciones o descubra el modo de meter al lenguaje en su totalidad simbólica, pragmática y suprasegmental, en la codificación. Entonces, la verdadera lectura y hasta el objeto mismo de la lectura, sería lo literario. No obstante, a la literatura se llegaría sólo después de haber pasado por la iniciación de la letra, que sigue entrando con sangre, es decir, ya sabiendo leer sin saber qué dice el texto, exactamente como el grabador.

Pero no, digo ya a esta altura, volviendo a mí misma; no quiero lenguaje, quiero representación, quiero habla, quiero ese discurrir del pensamiento que es siempre singular y posee deseo, encarnado o descarnado en la palabra, y tiene antagonista, vida y muerte, tiempo y espacio puntuales, contexto, singularidad; ese pensamiento que aspira a ser universal, es decir, ser el reflejo de los reflejos de las miradas de todos en todos los tiempos. O, por lo menos, de otro, alguno, alguien. Porque en el mundo de la cibernética y del signo, podría no haber nadie, siendo todo código; en tanto que en el mundo del lenguaje, siempre hay "alguien" que nos habla, vale decir, dos, un romance de odio y amor. Y aquí la mística de la educación precientífica amamantó su deseo de alfabetizar al universo, seguramente. El deseo de reunión, de reencuentro con el que habla, el fin de la torre de Babel, que no sería su destrucción sino su triunfo y desaparición posterior: el Silencio.

El deseo de reunión mueve el lenguaje cotidiano y el poético, y alfabetiza. En pedagogía, o en ciencias de la educación, sería "científico" dar lugar a lo sabido, a lo irrepitable, a lo singular. Así, la educación científica debería aceptar el misticismo alfabetizante como acto de amor que es, y dejar que la literatura se arregle sola, sin levantarle una religión a propósito. Porque enseñar a leer sin ganas, para que el que aprende lea luego "literatura y que las ganas le nazcan, abonadas por el aburrimiento previo, es una empresa dudosa, que deposita demasiadas esperanzas en lo literario y le sobreimprime funciones ajenas.

Lectura y literatura

La lectura parece ser el deseo o servirlo, o realimentarlo, pero lo crea. El mecanismo de la **sustitución**, que la literatura ejerce según un procedimiento de **analogías**, es propio del símbolo; y podría ser que el deseo mismo fuera el deseo encarnado en un elemento sustituto, y ese mismo objeto sustituto que

el deseo ha investido. No habría otra forma del deseo que no fuere la palabra, el símbolo analógico.

La literatura crea contextos imaginarios y singulariza el habla (la "temporaliza", diría Antonio Machado), desarrollando especialmente su función representativa y la capacidad **mimética** del lenguaje. Vale decir, la capacidad de imitar los contextos singulares o recrearlos con la experiencia vivida y la **imaginación**, haciéndonos **creer** lo que **crea**. Por otro lado, la literatura busca la manera de dejar la marca del contexto oral del lenguaje; no solo de su poder evocativo y disparador de la imaginación. **Contexto oral** es música, ritmo, entonación, altura, timbre, intensidad, acento, todos esos elementos llamados suprasegmentales que no pueden ser transcritos al código escrito. La "lengua viva", como decía Martha Salotti, es la escritura capaz de ser vivida nuevamente por el lector, en toda su plenitud y realidad musical sin la cual no hay **sentido**. Y la literatura crea equivalentes estilísticos que evocan la presencia de "la voz", temporalizándola, volviéndola casi real, **íntima**. En el pasaje de la lengua oral al código escrito, la literatura ofrece textos privilegiados, porque procura que la "cinta magnetofónica" que traduce el código al habla (para seguir con la misma simplísima y torpe metáfora del grabador), tenga también la posibilidad de capturar el deseo que anima y alienta (alma y aliento), la palabra, y sin la cual no existe.

Hay máquinas de escribir *best sellers* y también las debe haber escribir textos de lectura, por ejemplo, a juzgar por los resultados: ellas necesitan el lenguaje código para poder ser programadas y procesar los datos, produciendo libros. Pero ni esas máquinas ni esos libros dan cabida al deseo, a la singularidad, a lo inesperado, a lo puntual, a lo poético.

Es por eso que los libros de texto programados no forman lectores, aunque enseñen a leer. Y aun cuando lo hagan, siguiendo secuencias de letras o dificultades que parecen ser graduales y lógicas, lógicamente gradual es, para sus autores programadores, ir de lo fácil a lo difícil, entendiendo por fácil a serie de rasgos que nada tienen que ver con la comprensión o con la vivencia integral de la lectura. Mediocre idea pensar que **lo fácil** o accesible al niño es lo que no tiene sentido.

Imaginación y conocimiento

Y volvemos a lo imaginario: el poder simbólico del lenguaje y su función representativa, indispensables para el pensamiento científico, puesto que, sin la **sustitución** metafórica y los procedimientos de **encadenamiento** y proximidad que crea el deseo, ningún aprendizaje se pondría en marcha. Sabemos que el **pensamiento lógico concreto** exige la capacidad de **vivenciar** contextos, para poder explorar el tiempo y el espacio en el aquí y ahora. El estudio de la historia, del medio ambiente, aun el estudio de temas topológicos, en matemática o geometría, o de las funciones gramaticales, o de las operaciones de las computadoras, se lleva a cabo didácticamente a partir de una puesta en marcha de modelos que integran la experiencia dramática, el "como si" del juego y la integración grupal, como escenario específico donde el niño llega a la constitución simbólica.

Se ha divulgado a Piaget, pero el libro quizá fundamental de toda obra –**La formación del símbolo en el niño**– ha quedado en olvido.

Estructuras de movimientos articulados e interiorizados –infralógicas– que darían lugar al símbolo representativo, serían para Piaget las redes de ese lenguaje que se conquista viviendo, por medio de la experiencia o de la imitación imaginaria de la experiencia, vale decir, la mimesis, la analogía. El pensamiento analógico, precisamente, es indispensable en cibernética.

Y como no todo es conocible por la experiencia directa y la metodología de experimentación de laboratorio de las llamadas ciencias exactas, otro modo de conocimiento proviene del ejercicio mismo de la función simbólica del lenguaje, de la disciplina de la imaginación, de la mimesis dramática que el símbolo pone en funcionamiento, y de las vivencias que provoca, cambiando al **sujeto del aprendizaje**, que también es su propio objeto. La singularidad, la sustitución y la metáfora que constituyen la poesía, son vías de acceso al saber.

¿Qué son los recursos poéticos?

Retomando el tema de la lectura y el aprendizaje, insistiré, entonces, en la necesidad de no dejar de lado, en ese período de pininos que el lector puede recorrer con pasión o con obediencia, a la función representativa del lenguaje. Uno de los objetivos de la enseñanza de la lectoescritura, debería ser el que el alumno pueda separarse de lo obvio y concentrarse en contextos imaginarios, en ideaciones, en fantasías, a partir de la palabra escrita. Para ello, los textos deberían tener alguna de las virtudes poéticas posibles en nuestro idioma, o, por lo menos, llegar a ser textos desde un punto de vista lingüístico.

Voy a poner un ejemplo: la remanida frase “amo a mi mamá” (por suerte no la vi figurar últimamente en plaza), es un absurdo poético. ¿Por qué? Se supone que un texto debe poseer **congruencia**, **cohesión** y **coherencia**, para cumplir ciertas condiciones de asentimiento.

Sin embargo, en poesía a menudo la falta de coherencia lógica se suplanta con una gran congruencia expresiva; en cambio, no sucede lo contrario, como en “amo a mi mamá”, que es coherente desde el punto de vista lógico, tiene cohesión, etc. Pero le falta congruencia, estilo: **no es creíble**.

Si el **sujeto de la enunciación** es un chico, entre nosotros, argentinos, al menos, difícilmente diría “amo a mi mamá”, sino “quiero a mi mamá”. En la infancia, el verbo amar es poco creíble. Por el contrario, si el sujeto de la enunciación es un adulto, nunca diría “mi mamá” sin pecar de infantil diría “amo a mi madre”, con lo cual la frase entraría en un marasmo de grupos fónicos inalcanzables, según la opinión en boga. En fin, el contexto del enunciado no es creíble, hay una fractura del habla, se mezclan dos voces, dos estilos. Y también el poder simbólico se fractura, y con él la capacidad de **identificarse** con el habla, que uno no puede descubrir quién es: si un chico amanerado o un adulto infantil. Por lo menos, ¿quién quiere identificarse con alguno de estos sujetos? El deseo lo impide. Esta frase, entonces, no es

experimentable por medio de la imaginación, lo único que se puede hacer es traducirla al lenguaje oral, en función grabador, pero leerla, lo que se dice leerla, no, si es que leer es descifrar signos y no traducir signos de un código al otro. Es más, si hay alguna **inferencia** en este texto es la del engaño, la impostura. Este tipo de fracturas pone en evidencia la falta de autenticidad de otros tantos textos que fueron armados deportivamente pero que nadie sintió y que no pueden ser sentidos por nadie.

La capacidad de idear está absolutamente ligada a la **pregnancia** de la escena que el símbolo evoca. La lectura es una especie de **dramatización** que se cumple en silencio. Y esta capacidad de idear es de muy difícil desarrollo en nuestra época, sobre todo en las grandes ciudades. Norman Miller nos dice que estamos en la cultura de la interrupción. Vivimos en estado de "reclamo" continuo, siempre apelados por el lenguaje. No se le da tiempo al sujeto para el **monólogo interior**; hablar consigo mismo y, menos aún, dialogar con el libro, ni siquiera con el film o la música. Sufrimos la interrupción continua que segmenta cualquier mensaje para pasar una ráfaga de música, un corto de publicidad; un haz luminoso sobre un cartel, una sirena de ambulancia. Somos llamados continuamente; requeridos. Fortalecer la capacidad de ideación sería uno de los objetivos fundamentales de la enseñanza de la lectura y de la escritura.

El mínimo sentido es canto: La frase como unidad de sentido. La literatura **cuenta y canta**. Y el habla canta siempre, aunque no nos cuente nada. Hablar es dar aliento, emitir un **continuo** sonoro cuya mínima expresión es la frase. Esa frase es la que tiene sentido.

Dice Benveniste que, en el lenguaje, los elementos de un nivel tienen sentido sólo en el nivel superior: los **fonemas** son la realización y el sentido de una combinatoria de **rasgos** fonemáticos; las **palabras** son la realización y el sentido concreto de los fonemas; solo la **frase** le confiere sentido a las palabras y, finalmente, el **discurso** le da sentido a la frase. Pero, el mínimo de realización significativa del lenguaje es la frase, y aun la palabra aislada, cuando opera como frase, con punto final, con **silencio**. Solía un profesor citar la palabra **árbol**, que Saussure había usado en un esquema altamente comentado y criticado, para decir que árbol era una cosa, siempre y cuando no se le agregara la palabra **genealógico**, después. De modo que sólo el silencio, la interrupción final del continuo sonoro, permitiría barrer la combinatoria de signos articulados para producir un efecto de sentido.

La **globalización** de la frase, su identidad musical, es como un gesto en el aire, un suspiro, un susurro, una risa, un grito. Una frase es, desde el punto de vista mimético, vale decir, dramático, un **mensaje** que permite evocar un gesto primario, en primer término, equivalente a un empujón, una caricia, una sonrisa, un abrazo, un cuerpo que da la espalda, una cabeza abrumada que no quiere mirar de frente, etc. Duda, apoyo, rechazo, atracción, cada frase tiene su modalidad y es rápidamente legible, comprensible, por su canto. Pero, además, la frase está compuesta de palabras, y cada palabra tiene un sentido según la combinatoria y ubicación en que se la coloque en determinada frase y se la diga con tal o cual entonación. Las palabras no se identifican como unidades sonoras aisladas, dentro del

continuo sonoro que constituye la frase, salvo que se las aísle conceptualmente porque son sustituibles; por eso, el significado es ambiguo, y a las palabras sólo se las comprende como signos dentro de una frase y allí constituyen un símbolo mimético de un movimiento de comunicación y representación de realidades no presentes. Cada palabra se toma prestada de un **paradigma** ideal, en el cual se la tiene y se la va metiendo a medida que hablamos. Casi diría que la palabra es lengua; y la frase, habla. Dentro de la frase, cada palabra podría ser reemplazada por otra u otras en cantidad más o menos limitada pero, una vez que la frase ha sido emitida, difícilmente pueda traducírsela cambiando palabra sin perder algo por el camino: la música.

Métodos de aprendizaje

Es por eso que, partiendo de que la frase es la mínima producción de sentido que tiene el habla, y pensando que lo más adecuado y fácil, en lectoescritura, es partir de un lenguaje que tenga sentido para hacer juegos representativos válidos para el que aprende, es que se defiende el criterio pedagógico de globalización y el camino del análisis y la síntesis, por sustitución comparativa de frases, palabras, sílabas, letras. Los métodos para el aprendizaje de la lectoescritura que parten de la palabra, como el método de generadoras, dependen de la representación gráfica del contexto imaginario. Pero ese contexto debería ser creado por el lector; ése es el trabajo de lectura que se debe aprender a hacer: simbolizar, recrear, idear. Esa ideación es la disciplina de la lectura que debe desarrollarse con experiencias ricas y auténticas, no aparentes, si es que queremos que la lectura sea real, creadora, mimética, y que leer sea reconstruir la realidad vivida, con elementos de la experiencia propia, con vivencias insustituibles, que son las que constituyen nuestra subjetividad, siempre y cuando podamos recrearlas por nosotros mismos. No quiere decir esto que no deben mostrársele, al que aprende a leer, imágenes de apoyo, pero sí deberíamos promover una lectura libre y lenta, imaginativa, que prescindiera en una buena parte de esos bastones empobrecedores de la imagen, casi siempre estereotipada.

Leer es crear

Supongamos que dejamos en libertad una palabra cualquiera y que la decimos en lugar de un empujón; por ejemplo: "caricias", dicha en lugar de gesto de rechazo de un cuerpo al otro. Verán inmediatamente que "caricias" toma un tono burlón, o es un reproche, o una pregunta indignada; en fin, un gesto, lo contrario de lo que la definición del diccionario sostiene. La palabra "caricias" puede permitir que imaginemos la más diversa variedad de contextos, según sea nuestra experiencia de vida y las vivencias que cada uno evoca cuando escucha decir "caricias", en lugar de recibir un empujón. Eso es leer: sentir. El que se lee a sí mismo, lee su propia vida a medida que se identifica con la frase, ocupando un lugar, el del que rechaza o agrada o el que es rechazado o agredido, en este caso. Pero si la palabra "caricias" sustituyera un gesto de seducción, actuaría en nosotros provocándonos la recreación e invención de contextos imaginarios muy distintos a la palabra "caricias", como rechazo. De este modo se trata: una palabra frase es la que nos dice algo. Para que la palabra "caricias" obre como gesto, es decir, como frase, como **acto de habla**, si se la escribe, debe aludirse al contexto gestual con más palabras: **la**

escritura es diferente del habla, porque debe permitirnos inferir el contexto faltante. El mal llamado "código gráfico" que acompaña a los textos con que se pretende enseñar a leer y a escribir, en general, encaja a la palabra y la pone tiesa, en el marco de un contexto vivencial representado gráficamente y que unifica, **uniformando, y masificando las experiencias** de vida de los lectores. Ese modo de lectura no tal porque no se realiza con la libertad del lector. Y, al no desarrollarse la capacidad de ideación y la subjetividad del que aprende, el lector no se forma, aunque aprende a decodificar. No se trata, entonces, de enseñar a leer por medio de la literatura, pero sí utilizando los recursos poéticos del habla en su plenitud familiar: recursos musicales; modalización de las frases; léxico íntimo, familiar; formas sintácticas coloquiales; elementos literarios capaces de producir la identificación, tales como el personaje, la acción dramática, los atributos, las transformaciones mágicas, los símbolos, la causalidad lúdrica (alógica), pero significativa para el lector, si se le enseña a recrear lo que lee, tendiendo sus propios lazos asociativos de significante a significante. Esto es ir de lo fácil a lo difícil, si se comienza por textos breves que tengan estos valores miméticos, dramáticos, que permitan la identificación; y recién después se irán introduciendo textos informativos puros, si es que lo puro fuere posible en este terreno o en otro cualquiera. Entonces el libro sería una partitura, el lector un intérprete inteligente, un actor imaginario de lo que lee, un crítico y un espectador, y entre autores y lectores habría una red de mundos viajeros que, a la larga, terminarían por ser reales. Dar vida a lo soñado es poesía y se hace entre muchos. Inversamente, la secta de raros lectores podría ser un mal sueño verdadero, si no nos ponemos a soñar otras posibilidades antes de que el año dos mil venga a interrumpir esta vigilia, que no es nada más que una pesadilla sin soñadores.